

Africa será la sepultura de miles de valientes, cuya pérdida será irreparable para un país como el nuestro que tiene un número de habitantes tan desproporcionado por lo exiguo á la estension de su territorio. Nadie nos aventaja en deseos de que nuestra patria sea la mas fuerte y poderosa de todas las Naciones; á ningún corazón hacen palpar con mas entusiasmo que al nuestro las partes que se reciben anunciándonos sin cesar nuevas victorias, pero todas esas victorias contribuyen á aumentar el catálogo de las nobles víctimas del deber y del patriotismo y representan la desesperacion de muchas madres, pudiendo asegurar que todas las que conocemos que tienen hijos en Africa están muy lejos de participar del inextinguible ardor de los que con ninguna proposicion de paz se darian por satisfechos. Tampoco nosotros participamos de él, y sentiríamos un verdadero remordimiento si despues de haber aplaudido la obstinacion con que se rechazase una paz honrosa, esperimentase nuestro ejército un descalabro que nadie que haya saludado la historia puede calificar de imposible. Pero aun que no sufrieramos ninguna derrota, si predicásemos la guerra á toda costa, la sangre que en ella se seguiria derramando pesaria sobre nuestra conciencia. Somos en tésis general partidarios de la paz, á la cual solo preferimos la honra de la patria. Una paz honrosa nos halaga infinitamente mas que todas esas ideas de conquista que bulle en algunos cérebros al parecer enfermos.

¿Pero qué condiciones ha de tener la paz para ser honrosa? Nosotros opinamos que despues de tanta gloria como nuestro ejército ha alcanzado en Africa, una paz basada en la posible indemnizacion de los sacrificios que ha hecho el país, en ventajosos tratados de comercio y en garantías materiales que vuelvan imposible la repeticion de agresiones como las que han dado origen á la guerra seria muy aceptable, y es de creer que con mucho menos se contentasen si fuesen Gobierno todos ó casi todos los que hoy predicán la conquista del Imperio de Marruecos. La verdad es que no habria tantos Pedros-Hermitaños si todos los que piden guerra tuviesen que ir á ella, como el de las cruzadas que fueron á redimir el Santo Sepulcro, y aun se nos antoja que su número disminuirá considerablemente, si no llegando á verificarse la paz, cuyos preliminares se han firmado, el ministro de Hacienda tiene que echar mano para la continuacion de la guerra de los recursos extraordinarios que está autorizado para exigir, á los cuales hubiera acudido ya cualquier otro ministro menos há-

bil que el señor Salaverria. Hasta ahora la guerra no ha azotado mas que á los soldados, á los que arrostrando penalidades innumerables y superando obstáculos al parecer invencibles, han ido á buscar entre los pestilentes efluvios de la atmósfera africana y entre el plomo de los marroquies los nuevos gloriosos laureles que ciñen hoy las sienas de la patria; pero en lo sucesivo si la lucha continúa, los sacrificios que ella exige trascenderán á la generalidad, y de este modo se aplacarán muchos ímpetus belicosos.

Despues de la série no interrumpida de gloriosos combates que ha ilustrado la historia de la guerra de Africa, no creemos que pueda amenguarse la honra nacional con el restablecimiento de la paz segun las bases publicadas por el Gobierno de Madrid. Léjos de empañarse nuestra honra ha quedado sumamente enaltecida á los ojos de propios y estraños. Hemos destruido la falsa idea que en Europa se tenia de nuestro poder; hemos ganado inmensamente en consideracion no solo ante la Europa sino ante la América, cuya raza española se ha estremecido de entusiasmo á la noticia de nuestros triunfos; hemos hecho ver que en casos dados en que nuestros intereses y honor estén en juego, podemos poner en campaña un ejército numeroso, valiente y aguerrido, mandado por jefes entendidos y bravos oficiales; hemos humillado á un enemigo valiente hasta la temeridad y fanático hasta la ferocidad; le hemos obligado á pedir repetidas veces la paz con insistencia y hasta con humildad; le hemos hecho en fin aceptar proposiciones que al principio habia rechazado.

No puede por tanto decirse que la honra nacional ha quedado mal puesta.

Respecto de los intereses, no es posible desconocer que el aumento de relaciones comerciales en virtud de un tratado, el establecimiento de una legacion en Fez, donde hasta ahora no habian podido penetrar los representantes estrangeros, la indemnizacion por los gastos de la guerra y el ensanche de territorio en nuestras plazas fuertes son ventajas materiales no pequeñas.

Se han impugnado por algunos los preliminares de paz firmados por los caudillos de ambos ejércitos, por consignarse en uno de sus artículos la dimision de la plaza de Tetuan cuando España se haya indemnizado de los gastos y graves perjuicios que esta lucha le ha irrogado. Oficiales distinguidos recién llegados del teatro de la guerra, son de parecer, que es punto menos que imposible sostenerse militarmente en aquella ciudad:

1.º Porque seria preciso un ejército numeroso el cual conti-



nuamente se hallára en pie de guerra, por las kabilas que habitan las montañas, y no reconocen jefe alguno.

2.º Porque para este ejército eran preciso grandes obras de fortificación en todas direcciones y aun así no estaría seguro.

Y 3.º Porque no produciendo cosa alguna el suelo por falta de buen cultivo, tendría que sostenerse una considerable cantidad de trasportes, gravamen inmenso que llegaría á hacerse insoportable.

Y esto ¿á que conduciría? Á nada absolutamente.

Veamos sino sus ventajas y desventajas, por supuesto conseguida la paz.

Ventajas:

España ha entrado en África, naciones civilizadas del mundo: ha adquirido tantas millas de terreno: ha conquistado una ciudad importante; Tetuan ha logrado fortificarse en varios puntos: tiene en ella un ejército respetable bajo las garantías mas completas del Emperador: se ha hecho respetar y se ha engrandecido en sus fronteras.

He aquí todo.

Entremos en las desventajas.

Nulidad absoluta del terreno conquistado; inseguridad parcial y total en él para los especuladores por los salvajes que infestan sus montañas, y aun para el mismo ejército: probabilidades diarias de morir de necesidad por lo imposible que se hace la navegación en estas costas durante el Levante, que es el viento que suele dominar; y por último, aislamiento completo para todo auxilio en caso de que las kabilas aprovechando esta circunstancia, se propusiesen no dejarlos descansar. Porque es preciso reirse de las garantías sobre este punto del Emperador de Marruecos. Una sola razón basta: si las kabilas de este país no le respetan, según ha sucedido siempre ¿cómo puede hacerlas respetar? Porque aun dado caso de que tuviese la suficiente fuerza de moros de Rey á nuestras órdenes, ¿serían suficientes para dominar á estos salvajes? Los que están allí y los conocen, seguros estamos que dirán que nó. Su ocupación es el robo, y como consecuencia de esto, la guerra; necesidad con la cual han nacido, y que solo desaparecerá el día que desaparezcan. Lo cual es cosa larga, porque la generación dominante es jóven, fuerte y vigorosa, y no se deja manejar así como quiera.

Se cree con mucho fundamento que para poner en completo estado de defensa á Tetuan y su comarca se necesitaria rodearla de fuertes convenientemente situados, y que para guarnecer es-

tos fuertes y la ciudad bastaría apenas con un cuerpo de ejército de 30,000 hombres. ¿Produciría aquel terreno lo suficiente para alimentar esta fuerza y la población civil que allí se trasladara para el cultivo de los terrenos conquistados? Lo dudamos.

Entonces, ¿que ventajas sacaríamos? La de gastar muchos millones en fortificaciones, trabajos de desecación, trasportes, etc, la de tener que aumentar nuestro ejército permanente en 30,000 hombres, llevar el desconsuelo á 30 mil familias, que perderian todos los años á lo menos cuatro mil de sus hijos, víctimas de las enfermedades y de las asechanzas de aquellas tribus feroces, la de hacer endémico el cólera en el litoral de Andalucía, etc. etc.

Se objetará tal vez que estos sacrificios fueran compensados por la ventaja de tener una base de operaciones cuando llegará la hora de emprender una guerra de conquista en Africa. No esperamos esta objeción de quien tenga algunas nociones del arte de la guerra, si conoce el mapa de Marruecos y la conducta tradicional de sus Emperadores.

Para un ejército invasor todas las ventajas están en tomar por base de operaciones el litoral oceánico del reino de Fez. Los terrenos comprendidos entre Larache, Fez, Marruecos y Mogador, son poco montañosos, cultivados, bastante despejados; están cruzados por los mejores y tal vez los únicos caminos del imperio; sus habitantes, como todos los de las llanuras, y por las circunstancias de ser agricolas, industriosos y comerciales, son mas civilizados y menos belicosos que los de las montañas. En sus costas se encuentran los puertos mas frecuentados y en mejor estado de todo el imperio. Para evitar las rapiñas de los kabilas montaraces que pueblan el terreno comprendido entre el Mediterraneo y las inmediaciones de Fez, los caminos que ponen en comunicación las tres capitales del imperio se apartan del interior, y dando un gran rodeo, siguen por la costa Atlántica; de manera que para ir de Marruecos á Fez, desde el primer punto, se baja á Azamor, se sigue hasta Rabat, y por Mequinez se llega á la Ciudad Santa.

El ejército que logre apoderarse de alguno de aquellos puertos, siguiendo el camino que corre á lo largo de la costa apoyado por la escuadra, podrá ir ocupando paulatinamente y sin grandes dificultades Arcilla, Larache, Mehedia, Salé, Rabat, Azamor, Mogador, y marchar por un lado sobre Marruecos y por otro sobre Mequinez y Fez. Contando por base de operaciones el mar, marchando por terreno llano y con caminos regulares, atravesando un



pais fértil, cultivado y no escaso de aguas ¿quién le detiene en su marcha?

Ocupados los puertos del Atlántico y las llanuras se priva al gobierno marroquí de sus rentas mas pingües; apoderándose de Marruecos, Mequinez y Fez, centros religiosos, industriales y políticos se le hiere en el corazon y se le desconsidera fante sus pueblos.

Fundados en estas consideraciones, opinamos que el general O'Donnell emprendiera la expedicion por la costa del Océano si contara nuestra marina con un material á propósito para la difícil operacion de un desembarco en pais enemigo. Esta circunstancia y la falta de práctica en nuestras tropas para realizar aquella arriesgada operacion, le dieron un pié forzado que ha exigido pérdidas y gastos iguales á una conquista cien veces mas provechosa.

Las ventajas en una invasion que se haga por aquel lado son tan numerosas como las desventajas con las cuales tendrá que luchar cuando se verifique por el Norte del imperio. Los amalatos de Tetuan, Erriz y Tanja son montuosos, cubiertos de bosques impenetrables, faltos de cultivo, de agua, de industria, de comercio; sus tribus guerreras, feroces, indomables, incapaces de toda cultura, se guarecen en miserables aduares donde el soldado no encuentra siquiera un abrigo para descansar y reponerse de tantas fatigas. Allí desaparecen las ventajas del armamento perfeccionado, de la instruccion táctica: en la guerra de guerrillas, única allí posible, el conocimiento del terreno es lo principal, mayormente cuando á esta circunstancia reúne el enemigo las del valor personal, de la astucia, de la agilidad y de la dureza para la fatiga.

La Gran Kabilia del reino de Argel no es ni de mucho lo que son ese laberinto de ramificaciones del pequeño Atlas; sus pobladores no aventajan en cualidades guerreras á las tribus de los citados amalatos, y no obstante los franceses tardaron cerca de treinta años á poder penetrar en ella. ¿Qué beneficios reportaria España de la posesion de aquellos riscos conquistados á costa de muchos miles de sus soldados, de innumerables millones de sus arcas y una lucha sangrienta y sin cuartel de muchos años? ¿Comeríamos los dátiles algo mas baratos? No nos parece compensacion bastante á tantos sacrificios.

Dicésenos que allí tendríamos una escelente escuela militar. Algo caras nos costarian las lecciones. Escuela militar! ¿Y de

qué? ¿De guerrillerismo? Precisamente es lo que menos falta nos hace. Ni Mina, ni el Empecinado, ni Manso, ni Zurbano, ni Cabrera, ni cien y cien otros necesitaron escuela ni maestros para hacer esta clase de guerra que desde el primero al último español sabe hacerla por instinto. Lo que le falta á nuestro ejército es el ejercicio de las grandes maniobras, los hábitos de campamento; y esto lo puede aprender mas en España que en Africa, y á menos costa.

Para concluir haremos una observacion. ¿Quereis saber el lado flaco del imperio de Marruecos? Notad que todas sus poblaciones del litoral oceánico han sido ocupadas por los europeos, españoles portugueses, franceses, holandeses, etc., y los cherifes no han cesado hasta arrojarles de ellas, al paso que atacaron con menos persistencia y acabaron por abandonarles sus posesiones del Mediterráneo. Este hecho es muy significativo.

